



29

Marzo

Jueves Santo

Misa Vespertina de la Cena del Señor

(Ciclo B) – 2018

1. TEXTOS LITÚRGICOS

1.a LECTURAS

Prescripciones sobre la cena pascual

Lectura del libro del Éxodo 12, 1-8.11-14

El Señor dijo a Moisés y a Aarón en la tierra de Egipto: «Este mes será para ustedes el mes inicial, el primero de los meses del año. Digan a toda la comunidad de Israel:

"El diez de este mes, consíganse cada uno un animal del ganado menor, uno para cada familia. Si la familia es demasiado reducida para consumir un animal entero, se unirá con la del vecino que viva más cerca de su casa. En la elección del animal tengan en cuenta, además del número de comensales, lo que cada uno come habitualmente.

Elijan un animal sin ningún defecto, macho y de un año; podrá ser cordero o cabrito. Deberán guardarlo hasta el catorce de este mes, y a la hora del crepúsculo, lo inmolará toda la asamblea de la comunidad de Israel. Después tomarán un poco de su sangre, y marcarán con ella los dos postes y el dintel de la puerta de las casas donde lo coman. Y esa misma noche comerán la carne asada al fuego, con panes sin levadura y verduras amargas.

Deberán comerlo así: ceñidos con un cinturón, calzados con sandalias y con el bastón en la mano. Y lo comerán rápidamente: es la Pascua del Señor.

Esa noche yo pasaré por el país de Egipto para exterminar a todos sus primogénitos, tanto hombres como animales, y daré un justo escarmiento a los dioses de Egipto. Yo soy el Señor.

La sangre les servirá de señal para indicar las casas donde ustedes estén. Al verla, yo pasaré de largo, y así ustedes se librarán del golpe del Exterminador, cuando yo castigue al país de Egipto.

Este será para ustedes un día memorable y deberán solemnizarlo con una fiesta en honor del Señor. Lo celebrarán a lo largo de las generaciones como una institución perpetua."»

Palabra de Dios.

SALMO 115, 12-13.15-16bc.17-18

R. *¿Con que pagaré al Señor
todo el bien que me hizo?*

O bien:

R. *El cáliz que bendecimos
es la comunión de la Sangre de Cristo.*

¿Con qué pagaré al Señor
todo el bien que me hizo?
Alzaré la copa de la salvación
e invocaré el nombre del Señor. **R.**

¡Qué penosa es para el Señor
la muerte de sus amigos!
Yo, Señor, soy tu servidor,
tu servidor, lo mismo que mi madre:
por eso rompiste mis cadenas. **R.**

Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
e invocaré el nombre del Señor.
Cumpliré mis votos al Señor,
en presencia de todo su pueblo. **R.**

*Siempre que coman este pan y beban este cáliz,
proclamarán la muerte del Señor*

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Corinto 11, 23-26

Hermanos: Lo que yo recibí del Señor, y a mi vez les he transmitido, es lo siguiente:
El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó el pan, dio gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi Cuerpo,
que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía.»
De la misma manera, después de cenar, tomó la copa, diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza que se sella con
mi Sangre. Siempre que la beban, háganlo en memoria mía.»
Y así, siempre que coman este pan y beban esta copa, proclamarán la muerte del Señor hasta que él vuelva.

Palabra de Dios.

VERSÍCULO ANTES DEL EVANGELIO Jn 13, 34

«Les doy un mandamiento nuevo:
Ámense los unos a los otros, como yo los he amado», dice el Señor:

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 13, 1-15

Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, él, que había amado a los suyos que quedaban en el mundo, los amó hasta el fin.

Durante la Cena, cuando el demonio ya había inspirado a Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarlo, sabiendo Jesús que el Padre había puesto todo en sus manos y que él había venido de Dios y volvía a Dios, se levantó de la mesa, se sacó el manto y tomando una toalla se la ató a la cintura. Luego echó agua en un recipiente y empezó a lavar los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que tenía en la cintura.

Cuando se acercó a Simón Pedro, este le dijo: «¿Tú, Señor, me vas a lavar los pies a mí?»

Jesús le respondió: «No puedes comprender ahora lo que estoy haciendo, pero después lo comprenderás.»

«No, le dijo Pedro, ¡tú jamás me lavarás los pies a mí!»

Jesús le respondió: «Si yo no te lavo, no podrás compartir mi suerte.»

«Entonces, Señor, le dijo Simón Pedro, ¡no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza!»

Jesús le dijo: «El que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque está completamente limpio.

Ustedes también están limpios, aunque no todos.» El sabía quién lo iba a entregar, y por eso había dicho: «No todos ustedes están limpios.»

Después de haberles lavado los pies, se puso el manto, volvió a la mesa y les dijo: «¿comprenden lo que acabo de hacer con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y tienen razón, porque lo soy. Si yo, que soy el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado el ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes.»

Palabra del Señor.**1.b GUIÓN PARA LA MISA****Jueves Santo de la Cena del Señor****Entrada:**

La celebración de esta noche se llama ‘Misa de la Cena del Señor’, porque recuerda lo que Jesús hizo en la Última Cena: lavó los pies de sus Apóstoles e instituyó los sacramentos de la Santísima Eucaristía y el Orden sacerdotal. En el sacrificio eucarístico Jesús anticipa su sacrificio de la cruz. Vivamos intensamente esta celebración central de nuestra vida cristiana.

Primera Lectura:*Ex 12,1-8.11-14*

Cristo es el verdadero cordero pascual, cuya sangre limpiará a todos los hombres de sus pecados.

Segunda Lectura:*1 Co 11,23-26*

La institución de la Eucaristía fue realizada por Jesús, la noche en que iba a ser entregado.

Evangelio:*Jn 13,1-15*

Nuestro Señor da la manifestación más pura de su amor por los hombres en el completo don de sí mismo.

Preces:

Hermanos, oremos a Cristo, sumo y eterno Sacerdote que en este día nos entrega la Eucaristía, el

Sacerdocio y el mandamiento nuevo del Amor.

A cada intención respondemos cantando:

- Para que la Iglesia, Esposa de Cristo, se purifique más plenamente por la sangre de Cristo, en este tiempo santo de Pasión. Oremos.
- Por todos los bautizados, para que crezcan cada día en su amor y fidelidad al sacrificio eucarístico y en su obediencia al precepto dominical. Oremos.
- Por los sacerdotes, para que, conscientes del compromiso que asumieron el día de su ordenación, sean fieles a la celebración digna del sacrificio eucarístico y centren toda su vida espiritual en el. Oremos.
- Por todos aquellos que participan de la pasión de Cristo por la enfermedad o por otros sufrimientos, para que alcancen fortaleza y paciencia. Oremos.
- Por los más débiles de los débiles y los más indefensos de los indefensos, los niños por nacer, para que no se apruebe en Argentina la despenalización del aborto que ya se está tratando en el parlamento. Oremos.

Te pedimos, Señor, que estas súplicas lleguen a tu presencia y nos concedas amar a todos los hombres como Tú nos amaste, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Ofertorio:

Al Dios Omnipotente, que ha creado el universo a causa de su amor, le entregamos todo nuestro ser y nos unimos así a la oblación de su Hijo:

Presentamos:

- **Alimentos** como ofrenda para los necesitados junto a nuestra confianza en la Divina Providencia.
- **Cirios** y nuestras vidas como prolongación de la luz de Cristo.
- **Pan y vino**, que por las palabras de Cristo y la invocación del Espíritu Santo, se convertirán en sacramento de vida eterna.

Comunión:

Vayamos ahora a comulgar el fruto del sacrificio eucarístico: su Cuerpo entregado y su Sangre derramada por nosotros.

Después de la Oración Post- Comunión: (optativo, preguntar al sacerdote)

Yo te saludo, verdadero Cuerpo nacido de María Virgen, que verdaderamente has padecido y has sido inmolado en la cruz por el hombre.

Acompañamos al Santísimo Sacramento hasta el Monumento...

(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Directorio Homilético

Jueves Santo – Cena del Señor

CEC 1337-1344: la institución de la Eucaristía

CEC 1359-1361: la Eucaristía como acción de gracias

CEC 610, 1362-1372, 1382, 1436: la Eucaristía como sacrificio

CEC 1373-1381: la presencia real de Cristo en la Eucaristía

CEC 1384-1401, 2837: la Comunión

CEC 1402-1405: l Eucaristía “anticipación de la gloria futura”

CEC 611, 1366: la Institución del sacerdocio en la Última Cena

La institución de la Eucaristía

1337 El Señor, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin. Sabiendo que había llegado la hora de partir de este mundo para retornar a su Padre, en el transcurso de una cena, les lavó los pies y les dio el mandamiento del amor (Jn 13,1-17). Para dejarles una prenda de este amor, para no alejarse nunca de los suyos y hacerles partícipes de su Pascua, instituyó la Eucaristía como memorial de su muerte y de su resurrección y ordenó a sus apóstoles celebrarlo hasta su retorno, "constituyéndoles entonces sacerdotes del Nuevo Testamento" (Cc. de Trento: DS 1740).

1338 Los tres evangelios sinópticos y S. Pablo nos han transmitido el relato de la institución de la Eucaristía; por su parte, S. Juan relata las palabras de Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm, palabras que preparan la institución de la Eucaristía: Cristo se designa a sí mismo como el pan de vida, bajado del cielo (cf Jn 6).

1339 Jesús escogió el tiempo de la Pascua para realizar lo que había anunciado en Cafarnaúm: dar a sus discípulos su Cuerpo y su Sangre:

Llegó el día de los Azimos, en el que se había de inmolar el cordero de Pascua; (Jesús) envió a Pedro y a Juan, diciendo: `Id y preparadnos la Pascua para que la comamos'...fueron... y prepararon la Pascua. Llegada la hora, se puso a la mesa con los apóstoles; y les dijo: `Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios'...Y tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: `Esto es mi cuerpo que va a ser entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío'. De igual modo, después de cenar, el cáliz, diciendo: `Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre, que va a ser derramada por vosotros' (Lc 22,7-20; cf Mt 26,17-29; Mc 14,12-25; 1 Co 11,23-26).

1340 Al celebrar la última Cena con sus apóstoles en el transcurso del banquete pascual, Jesús dio su sentido definitivo a la pascua judía. En efecto, el paso de Jesús a su Padre por su muerte y su resurrección, la Pascua nueva, es anticipada en la Cena y celebrada en la Eucaristía que da cumplimiento a la pascua judía y anticipa la pascua final de la Iglesia en la gloria del Reino.

"Haced esto en memoria mía"

1341 El mandamiento de Jesús de repetir sus gestos y sus palabras "hasta que venga" (1 Co 11,26), no exige solamente acordarse de Jesús y de lo que hizo. Requiere la celebración litúrgica por los apóstoles y sus sucesores del memorial de Cristo, de su vida, de su muerte, de su resurrección y de su intercesión junto al Padre.

1342 Desde el comienzo la Iglesia fue fiel a la orden del Señor. De la Iglesia de Jerusalén se dice:

Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, fieles a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones...Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y con sencillez de corazón (Hch 2,42.46).

1343 Era sobre todo "el primer día de la semana", es decir, el domingo, el día de la resurrección de Jesús, cuando los cristianos se reunían para "partir el pan" (Hch 20,7). Desde entonces hasta nuestros días la celebración de la Eucaristía se ha perpetuado, de suerte que hoy la encontramos por todas partes en la Iglesia, con la misma estructura fundamental. Sigue siendo el centro de la vida de la Iglesia.

1344 Así, de celebración en celebración, anunciando el misterio pascual de Jesús "hasta que venga" (1 Co 11,26), el pueblo de Dios peregrinante "camina por la senda estrecha de la cruz" (AG 1) hacia el banquete celestial, donde todos los elegidos se sentarán a la mesa del Reino.

La acción de gracias y la alabanza al Padre

1359 La Eucaristía, sacramento de nuestra salvación realizada por Cristo en la cruz, es también un sacrificio de alabanza en acción de gracias por la obra de la creación. En el sacrificio eucarístico, toda la creación amada por Dios es presentada al Padre a través de la muerte y resurrección de Cristo. Por Cristo, la Iglesia puede ofrecer el sacrificio de alabanza en acción de gracias por todo lo que Dios ha hecho de bueno, de bello y de justo en la creación y en la humanidad.

1360 La Eucaristía es un sacrificio de acción de gracias al Padre, una bendición por la cual la Iglesia expresa su reconocimiento a Dios por todos sus beneficios, por todo lo que ha realizado mediante la creación, la redención y la santificación. "Eucaristía" significa, ante todo, acción de gracias.

1361 La Eucaristía es también el sacrificio de alabanza por medio del cual la Iglesia canta la gloria de Dios en nombre de toda la creación. Este sacrificio de alabanza sólo es posible a través de Cristo: él une los fieles a su persona, a su alabanza y a su intercesión, de manera que el sacrificio de alabanza al Padre es ofrecido por Cristo y con Cristo para ser aceptado en él.

Jesús anticipó en la cena la ofrenda libre de su vida

610 Jesús expresó de forma suprema la ofrenda libre de sí mismo en la cena tomada con los Doce Apóstoles (cf Mt 26, 20), en "la noche en que fue entregado"(1 Co 11, 23). En la víspera de su Pasión, estando todavía libre, Jesús hizo de esta última Cena con sus apóstoles el memorial de su ofrenda voluntaria al Padre (cf. 1 Co 5, 7), por la salvación de los hombres: "Este es mi Cuerpo que va a ser entregado por vosotros" (Lc 22, 19). "Esta es mi sangre de la Alianza que va a ser derramada por muchos para remisión de los pecados" (Mt 26, 28).

El memorial sacrificial de Cristo y de su Cuerpo, que es la Iglesia

1362 La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, la actualización y la ofrenda sacramental de su único sacrificio, en la liturgia de la Iglesia que es su Cuerpo. En todas las plegarias eucarísticas encontramos, tras las palabras de la institución, una oración llamada anámnesis o memorial.

1363 En el sentido empleado por la Sagrada Escritura, el memorial no es solamente el recuerdo de los acontecimientos del pasado, sino la proclamación de las maravillas que Dios ha realizado en favor de los hombres (cf Ex 13,3). En la celebración litúrgica, estos acontecimientos se hacen, en cierta forma, presentes y actuales. De esta manera Israel entiende su liberación de Egipto: cada vez que es celebrada la pascua, los acontecimientos del Exodo se hacen presentes a la memoria de los creyentes a fin de que conformen su vida a estos acontecimientos.

1364 El memorial recibe un sentido nuevo en el Nuevo Testamento. Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, hace memoria de la Pascua de Cristo y esta se hace presente: el sacrificio que Cristo ofreció de una vez para siempre en la cruz, permanece siempre actual (cf Hb 7,25-27): "Cuántas veces se renueva en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado, se realiza la obra de nuestra redención" (LG 3).

1365 Por ser memorial de la Pascua de Cristo, la Eucaristía es también un sacrificio. El carácter sacrificial de la Eucaristía se manifiesta en las palabras mismas de la institución: "Esto es mi Cuerpo que será entregado

por vosotros" y "Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre, que será derramada por vosotros" (Lc 22,19-20). En la Eucaristía, Cristo da el mismo cuerpo que por nosotros entregó en la cruz, y la sangre misma que "derramó por muchos para remisión de los pecados" (Mt 26,28).

1366 La Eucaristía es, pues, un sacrificio porque representa (= hace presente) el sacrificio de la cruz, porque es su memorial y aplica su fruto:

(Cristo), nuestro Dios y Señor, se ofreció a Dios Padre una vez por todas, muriendo como intercesor sobre el altar de la cruz, a fin de realizar para ellos (los hombres) una redención eterna. Sin embargo, como su muerte no debía poner fin a su sacerdocio (Hb 7,24.27), en la última Cena, "la noche en que fue entregado" (1 Co 11,23), quiso dejar a la Iglesia, su esposa amada, un sacrificio visible (como lo reclama la naturaleza humana), donde sería representado el sacrificio sangriento que iba a realizarse una única vez en la cruz cuya memoria se perpetuaría hasta el fin de los siglos (1 Co 11,23) y cuya virtud saludable se aplicaría a la redención de los pecados que cometemos cada día (Cc. de Trento: DS 1740).

1367 El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio: "Es una y la misma víctima, que se ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes, que se ofreció a sí misma entonces sobre la cruz. Sólo difiere la manera de ofrecer": (CONCILIUM TRIDENTINUM, Sess. 22a., Doctrina de ss. Missae sacrificio, c. 2: DS 1743) "Y puesto que en este divino sacrificio que se realiza en la Misa, se contiene e inmola incruentamente el mismo Cristo que en el altar de la cruz "se ofreció a sí mismo una vez de modo cruento"; ...este sacrificio [es] verdaderamente propiciatorio" (Ibid).

1368 La Eucaristía es igualmente el sacrificio de la Iglesia. La Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, participa en la ofrenda de su Cabeza. Con él, ella se ofrece totalmente. Se une a su intercesión ante el Padre por todos los hombres. En la Eucaristía, el sacrificio de Cristo es también el sacrificio de los miembros de su Cuerpo. La vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo. El sacrificio de Cristo, presente sobre el altar, da a todas las generaciones de cristianos la posibilidad de unirse a su ofrenda.

En las catacumbas, la Iglesia es con frecuencia representada como una mujer en oración, los brazos extendidos en actitud de orante. Como Cristo que extendió los brazos sobre la cruz, por él, con él y en él, la Iglesia se ofrece e intercede por todos los hombres.

1369 Toda la Iglesia se une a la ofrenda y a la intercesión de Cristo. Encargado del ministerio de Pedro en la Iglesia, el Papa es asociado a toda celebración de la Eucaristía en la que es nombrado como signo y servidor de la unidad de la Iglesia universal. El obispo del lugar es siempre responsable de la Eucaristía, incluso cuando es presidida por un presbítero; el nombre del obispo se pronuncia en ella para significar su presidencia de la Iglesia particular en medio del presbiterio y con la asistencia de los diáconos. La comunidad intercede también por todos los ministros que, por ella y con ella, ofrecen el sacrificio eucarístico:

Que sólo sea considerada como legítima la eucaristía que se hace bajo la presidencia del obispo o de quien él ha señalado para ello (S. Ignacio de Antioquía, Smyrn. 8,1).

Por medio del ministerio de los presbíteros, se realiza a la perfección el sacrificio espiritual de los fieles en unión con el sacrificio de Cristo, único Mediador. Este, en nombre de toda la Iglesia, por manos de los presbíteros, se ofrece incruenta y sacramentalmente en la Eucaristía, hasta que el Señor venga (PO 2).

1370 A la ofrenda de Cristo se unen no sólo los miembros que están todavía aquí abajo, sino también los que están ya en la gloria del cielo: La Iglesia ofrece el sacrificio eucarístico en comunión con la santísima Virgen María y haciendo memoria de ella así como de todos los santos y santas. En la Eucaristía, la Iglesia, con María, está como al pie de la cruz, unida a la ofrenda y a la intercesión de Cristo.

1371 El sacrificio eucarístico es también ofrecido por los fieles difuntos "que han muerto en Cristo y todavía no están plenamente purificados" (Cc. de Trento: DS 1743), para que puedan entrar en la luz y la paz de Cristo:

Enterrad este cuerpo en cualquier parte; no os preocupe más su cuidado; solamente os ruego que, dondequiera que os hallareis, os acordéis de mi ante el altar del Señor (S. Mónica, antes de su muerte, a S. Agustín y su hermano; Conf. 9,9,27).

A continuación oramos (en la anáfora) por los santos padres y obispos difuntos, y en general por todos los que han muerto antes que nosotros, creyendo que será de gran provecho para las almas, en favor de las cuales es ofrecida la súplica, mientras se halla presente la santa y adorable víctima...Presentando a Dios nuestras súplicas por los que han muerto, aunque fuesen pecadores,... presentamos a Cristo inmolado por nuestros pecados, haciendo propicio para ellos y para nosotros al Dios amigo de los hombres (s. Cirilo de Jerusalén, Cateq. mist. 5, 9.10).

1372 S. Agustín ha resumido admirablemente esta doctrina que nos impulsa a una participación cada vez más completa en el sacrificio de nuestro Redentor que celebramos en la Eucaristía:

Esta ciudad plenamente rescatada, es decir, la asamblea y la sociedad de los santos, es ofrecida a Dios como un sacrificio universal por el Sumo Sacerdote que, bajo la forma de esclavo, llegó a ofrecerse por nosotros en su pasión, para hacer de nosotros el cuerpo de una tan gran Cabeza...Tal es el sacrificio de los cristianos: "siendo muchos, no formamos más que un sólo cuerpo en Cristo" (Rm 12,5). Y este sacrificio, la Iglesia no cesa de reproducirlo en el Sacramento del altar bien conocido de los fieles, donde se muestra que en lo que ella ofrece se ofrece a sí misma (civ. 10,6).

VI EL BANQUETE PASCUAL

1382 La misa es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Pero la celebración del sacrificio eucarístico está totalmente orientada hacia la unión íntima de los fieles con Cristo por medio de la comunión. Comulgar es recibir a Cristo mismo que se ofrece por nosotros.

1436 Eucaristía y Penitencia. La conversión y la penitencia diarias encuentran su fuente y su alimento en la Eucaristía, pues en ella se hace presente el sacrificio de Cristo que nos reconcilió con Dios; por ella son alimentados y fortificados los que viven de la vida de Cristo; "es el antídoto que nos libera de nuestras faltas cotidianas y nos preserva de pecados mortales" (Cc. de Trento: DS 1638).

La presencia de Cristo por el poder de su Palabra y del Espíritu Santo

1373 "Cristo Jesús que murió, resucitó, que está a la derecha de Dios e intercede por nosotros" (Rm 8,34), está presente de múltiples maneras en su Iglesia (cf LG 48): en su Palabra, en la oración de su Iglesia, "allí donde dos o tres estén reunidos en mi nombre" (Mt 18,20), en los pobres, los enfermos, los presos (Mt 25,31-46), en los sacramentos de los que él es autor, en el sacrificio de la misa y en la persona del ministro. Pero, "sobre todo, (está presente) bajo las especies eucarísticas" (SC 7).

1374 El modo de presencia de Cristo bajo las especies eucarísticas es singular. Eleva la eucaristía por encima de todos los sacramentos y hace de ella "como la perfección de la vida espiritual y el fin al que tienden todos los sacramentos" (S. Tomás de A., s.th. 3, 73, 3). En el santísimo sacramento de la Eucaristía están "contenidos verdadera, real y substancialmente" el Cuerpo y la Sangre junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y, por consiguiente, Cristo entero" (Cc. de Trento: DS 1651). "Esta presencia se denomina `real', no a título exclusivo, como si las otras presencias no fuesen `reales', sino por excelencia, porque es substancial, y por ella Cristo, Dios y hombre, se hace totalmente presente" (MF 39).

1375 Mediante la conversión del pan y del vino en su Cuerpo y Sangre, Cristo se hace presente en este sacramento. Los Padres de la Iglesia afirmaron con fuerza la fe de la Iglesia en la eficacia de la Palabra de Cristo y de la acción del Espíritu Santo para obrar esta conversión. Así, S. Juan Crisóstomo declara que:

No es el hombre quien hace que las cosas ofrecidas se conviertan en Cuerpo y Sangre de Cristo, sino Cristo mismo que fue crucificado por nosotros. El sacerdote, figura de Cristo, pronuncia estas palabras, pero su eficacia y su gracia provienen de Dios. Esto es mi Cuerpo, dice. Esta palabra transforma las cosas ofrecidas (Prod. Jud. 1,6).

Y S. Ambrosio dice respecto a esta conversión:

Estemos bien persuadidos de que esto no es lo que la naturaleza ha producido, sino lo que la bendición ha consagrado, y de que la fuerza de la bendición supera a la de la naturaleza, porque por la bendición la naturaleza misma resulta cambiada...La palabra de Cristo, que pudo hacer de la nada lo que no existía, ¿no podría cambiar las cosas existentes en lo que no eran todavía? Porque no es menos dar a las cosas su naturaleza primera que cambiársela (myst. 9,50.52).

1376 El Concilio de Trento resume la fe católica cuando afirma: "Porque Cristo, nuestro Redentor, dijo que lo que ofrecía bajo la especie de pan era verdaderamente su Cuerpo, se ha mantenido siempre en la Iglesia esta convicción, que declara de nuevo el Santo Concilio: por la consagración del pan y del vino se opera el cambio de toda la substancia del pan en la substancia del Cuerpo de Cristo nuestro Señor y de toda la substancia del vino en la substancia de su sangre; la Iglesia católica ha llamado justa y apropiadamente a este cambio transustanciación" (DS 1642).

1377 La presencia eucarística de Cristo comienza en el momento de la consagración y dura todo el tiempo que subsistan las especies eucarísticas. Cristo está todo entero presente en cada una de las especies y todo entero en cada una de sus partes, de modo que la fracción del pan no divide a Cristo (cf Cc. de Trento: DS 1641).

1378 El culto de la Eucaristía. En la liturgia de la misa expresamos nuestra fe en la presencia real de Cristo bajo las especies de pan y de vino, entre otras maneras, arrodillándonos o inclinándonos profundamente en señal de adoración al Señor. "La Iglesia católica ha dado y continua dando este culto de adoración que se debe al sacramento de la Eucaristía no solamente durante la misa, sino también fuera de su celebración: conservando con el mayor cuidado las hostias consagradas, presentándolas a los fieles para que las veneren con solemnidad, llevándolas en procesión" (MF 56).

1379 El Sagrario (tabernáculo) estaba primeramente destinado a guardar dignamente la Eucaristía para que pudiera ser llevada a los enfermos y ausentes fuera de la misa. Por la profundización de la fe en la presencia real de Cristo en su Eucaristía, la Iglesia tomó conciencia del sentido de la adoración silenciosa del Señor presente bajo las especies eucarísticas. Por eso, el sagrario debe estar colocado en un lugar particularmente digno de la iglesia; debe estar construido de tal forma que subraye y manifieste la verdad de la presencia real de Cristo en el santo sacramento.

1380 Es grandemente admirable que Cristo haya querido hacerse presente en su Iglesia de esta singular manera. Puesto que Cristo iba a dejar a los suyos bajo su forma visible, quiso darnos su presencia sacramental; puesto que iba a ofrecerse en la cruz por nuestra salvación, quiso que tuviéramos el memorial del amor con que nos había amado "hasta el fin" (Jn 13,1), hasta el don de su vida. En efecto, en su presencia eucarística permanece misteriosamente en medio de nosotros como quien nos amó y se entregó por nosotros (cf Ga 2,20), y se queda bajo los signos que expresan y comunican este amor:

La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este sacramento del amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y

abierta a reparar las faltas graves y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración. (Juan Pablo II, lit. Dominicae Cenaе, 3).

1381 "La presencia del verdadero Cuerpo de Cristo y de la verdadera Sangre de Cristo en este sacramento, `no se conoce por los sentidos, dice S. Tomás, sino solo por la fe , la cual se apoya en la autoridad de Dios'. Por ello, comentando el texto de S. Lucas 22,19: `Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros', S. Cirilo declara: `No te preguntes si esto es verdad, sino acoge más bien con fe las palabras del Señor, porque él, que es la Verdad, no miente" (S. Tomás de Aquino, s.th. 3,75,1, citado por Pablo VI, MF 18):

Adoro te devote, latens Deitas,
Quae sub his figuris vere latitas:
Tibi se cor meum totum subjicit,
Quia te contemplans totum deficit.

Visus, gustus, tactus in te fallitur,
Sed auditu solo tuto creditur:
Credo quidquod dixit Dei Filius:
Nil hoc Veritatis verbo verius.

(Adórote devotamente, oculta Deidad,
que bajo estas sagradas especies te ocultas verdaderamente:
A ti mi corazón totalmente se somete,
pues al contemplarte, se siente desfallecer por completo.

La vista, el tacto, el gusto, son aquí falaces;
sólo con el oído se llega a tener fe segura.
Creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios,
nada más verdadero que esta palabra de Verdad.)

“Tomad y comed todos de él”: la comunión

1384 El Señor nos dirige una invitación urgente a recibirle en el sacramento de la Eucaristía: "En verdad en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros" (Jn 6,53).

1385 Para responder a esta invitación, debemos prepararnos para este momento tan grande y santo. S. Pablo exhorta a un examen de conciencia: "Quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual, y coma entonces del pan y beba del cáliz. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo" (1 Co 11,27-29). Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar.

1386 Ante la grandeza de este sacramento, el fiel sólo puede repetir humildemente y con fe ardiente las palabras del Centurión (cf Mt 8,8): "Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme". En la Liturgia de S. Juan Crisóstomo, los fieles oran con el mismo espíritu:

Hazme comulgar hoy en tu cena mística, oh Hijo de Dios. Porque no diré el secreto a tus enemigos ni te daré el beso de Judas. Sino que, como el buen ladrón, te digo: Acuérdate de mí, Señor, en tu Reino.

1387 Para prepararse convenientemente a recibir este sacramento, los fieles deben observar el ayuno prescrito por la Iglesia (cf CIC can. 919). Por la actitud corporal (gestos, vestido) se manifiesta el respeto, la solemnidad, el gozo de ese momento en que Cristo se hace nuestro huésped.

- 1388 Es conforme al sentido mismo de la Eucaristía que los fieles, con las debidas disposiciones (cf CIC, can. 916), comulguen cuando participan en la misa (cf CIC, can 917. Los fieles, en el mismo día, pueden recibir la Santísima Eucaristía sólo una segunda vez: Cf PONTIFICIA COMMISSIO CODICI IURIS CANONICI AUTHENTICE INTERPRETANDO, *Responsa ad proposita dubia*, 1: AAS 76 (1984) 746): "Se recomienda especialmente la participación más perfecta en la misa, recibiendo los fieles, después de la comunión del sacerdote, del mismo sacrificio, el cuerpo del Señor" (SC 55).
- 1389 La Iglesia obliga a los fieles a participar los domingos y días de fiesta en la divina liturgia (cf OE 15) y a recibir al menos una vez al año la Eucaristía, si es posible en tiempo pascual (cf CIC, can. 920), preparados por el sacramento de la Reconciliación. Pero la Iglesia recomienda vivamente a los fieles recibir la santa Eucaristía los domingos y los días de fiesta, o con más frecuencia aún, incluso todos los días.
- 1390 Gracias a la presencia sacramental de Cristo bajo cada una de las especies, la comunión bajo la sola especie de pan ya hace que se reciba todo el fruto de gracia propio de la Eucaristía. Por razones pastorales, esta manera de comulgar se ha establecido legítimamente como la más habitual en el rito latino. "La comunión tiene una expresión más plena por razón del signo cuando se hace bajo las dos especies. Ya que en esa forma es donde más perfectamente se manifiesta el signo del banquete eucarístico" (IGMR 240). Es la forma habitual de comulgar en los ritos orientales.

Los frutos de la comunión

- 1391 La comunión acrecienta nuestra unión con Cristo. Recibir la Eucaristía en la comunión da como fruto principal la unión íntima con Cristo Jesús. En efecto, el Señor dice: "Quien come mi Carne y bebe mi Sangre habita en mí y yo en él" (Jn 6,56). La vida en Cristo encuentra su fundamento en el banquete eucarístico: "Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí" (Jn 6,57):

Cuando en las fiestas del Señor los fieles reciben el Cuerpo del Hijo, proclaman unos a otros la Buena Nueva de que se dan las arras de la vida, como cuando el ángel dijo a María de Magdala: "¡Cristo ha resucitado!" He aquí que ahora también la vida y la resurrección son comunicadas a quien recibe a Cristo (Fanqîth, Oficio siriano de Antioquía, vol. I, Commun, 237 a-b).

- 1392 Lo que el alimento material produce en nuestra vida corporal, la comunión lo realiza de manera admirable en nuestra vida espiritual. La comunión con la Carne de Cristo resucitado, vivificada por el Espíritu Santo y vivificante (PO 5), conserva, acrecienta y renueva la vida de gracia recibida en el Bautismo. Este crecimiento de la vida cristiana necesita ser alimentado por la comunión eucarística, pan de nuestra peregrinación, hasta el momento de la muerte, cuando nos sea dada como viático.
- 1393 La comunión nos separa del pecado. El Cuerpo de Cristo que recibimos en la comunión es "entregado por nosotros", y la Sangre que bebemos es "derramada por muchos para el perdón de los pecados". Por eso la Eucaristía no puede unirnos a Cristo sin purificarnos al mismo tiempo de los pecados cometidos y preservarnos de futuros pecados:

"Cada vez que lo recibimos, anunciamos la muerte del Señor" (1 Co 11,26). Si anunciamos la muerte del Señor, anunciamos también el perdón de los pecados . Si cada vez que su Sangre es derramada, lo es para el perdón de los pecados, debo recibirle siempre, para que siempre me perdone los pecados. Yo que peco siempre, debo tener siempre un remedio (S. Ambrosio, sacr. 4, 28).

1394 Como el alimento corporal sirve para restaurar la pérdida de fuerzas, la Eucaristía fortalece la caridad que, en la vida cotidiana, tiende a debilitarse; y esta caridad vivificada borra los pecados veniales (cf Cc. de Trento: DS 1638). Dándose a nosotros, Cristo reaviva nuestro amor y nos hace capaces de romper los lazos desordenados con las criaturas y de arraigarnos en él:

Porque Cristo murió por nuestro amor, cuando hacemos conmemoración de su muerte en nuestro sacrificio, pedimos que venga el Espíritu Santo y nos comunique el amor; suplicamos fervorosamente que aquel mismo amor que impulsó a Cristo a dejarse crucificar por nosotros sea infundido por el Espíritu Santo en nuestro propios corazones, con objeto de que consideremos al mundo como crucificado para nosotros, y sepamos vivir crucificados para el mundo...y, llenos de caridad, muertos para el pecado vivamos para Dios (S. Fulgencio de Ruspe, Fab. 28,16-19).

1395 Por la misma caridad que enciende en nosotros, la Eucaristía nos preserva de futuros pecados mortales. Cuanto más participamos en la vida de Cristo y más progresamos en su amistad, tanto más difícil se nos hará romper con él por el pecado mortal. La Eucaristía no está ordenada al perdón de los pecados mortales. Esto es propio del sacramento de la Reconciliación. Lo propio de la Eucaristía es ser el sacramento de los que están en plena comunión con la Iglesia.

1396 La unidad del Cuerpo místico: La Eucaristía hace la Iglesia. Los que reciben la Eucaristía se unen más estrechamente a Cristo. Por ello mismo, Cristo los une a todos los fieles en un solo cuerpo: la Iglesia. La comunión renueva, fortifica, profundiza esta incorporación a la Iglesia realizada ya por el Bautismo. En el Bautismo fuimos llamados a no formar más que un solo cuerpo (cf 1 Co 12,13). La Eucaristía realiza esta llamada: "El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? y el pan que partimos ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan" (1 Co 10,16-17):

Si vosotros mismos sois Cuerpo y miembros de Cristo, sois el sacramento que es puesto sobre la mesa del Señor, y recibís este sacramento vuestro. Respondéis "Amén" (es decir, "sí", "es verdad") a lo que recibís, con lo que, respondiendo, lo reafirmáis. Oyes decir "el Cuerpo de Cristo", y respondes "amén". Por lo tanto, se tú verdadero miembro de Cristo para que tu "amén" sea también verdadero (S. Agustín, serm. 272).

1397 La Eucaristía entraña un compromiso en favor de los pobres: Para recibir en la verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados por nosotros debemos reconocer a Cristo en los más pobres, sus hermanos (cf Mt 25,40):

Has gustado la sangre del Señor y no reconoces a tu hermano. Deshonras esta mesa, no juzgando digno de compartir tu alimento al que ha sido juzgado digno de participar en esta mesa. Dios te ha liberado de todos los pecados y te ha invitado a ella. Y tú, aún así, no te has hecho más misericordioso (S. Juan Crisóstomo, hom. in 1 Co 27,4).

1398 La Eucaristía y la unidad de los cristianos. Ante la grandeza de este misterio, S. Agustín exclama: "O sacramentum pietatis! O signum unitatis! O vinculum caritatis!" ("¡Oh sacramento de piedad, oh signo de unidad, oh vínculo de caridad!", Ev. Jo. 26,13; cf SC 47). Cuanto más dolorosamente se hacen sentir las divisiones de la Iglesia que rompen la participación común en la mesa del Señor, tanto más apremiantes son las oraciones al Señor para que lleguen los días de la unidad completa de todos los que creen en él.

1399 Las Iglesias orientales que no están en plena comunión con la Iglesia católica celebran la Eucaristía con gran amor. "Mas como estas Iglesias, aunque separadas, tienen verdaderos sacramentos, y sobre todo, en virtud de la sucesión apostólica, el sacerdocio y la Eucaristía, con los que se unen aún más con nosotros con vínculo estrechísimo" (UR 15). Una cierta comunión in sacris, por tanto, en la Eucaristía, "no

solamente es posible, sino que se aconseja...en circunstancias oportunas y aprobándolo la autoridad eclesial" (UR 15, cf CIC can. 844,3).

1400 Las comunidades eclesiales nacidas de la Reforma, separadas de la Iglesia católica, "sobre todo por defecto del sacramento del orden, no han conservado la sustancia genuina e íntegra del Misterio eucarístico" (UR 22). Por esto, para la Iglesia católica, la intercomión eucarística con estas comunidades no es posible. Sin embargo, estas comunidades eclesiales "al conmemorar en la Santa Cena la muerte y la resurrección del Señor, profesan que en la comunión de Cristo se significa la vida, y esperan su venida gloriosa" (UR 22).

1401 Si, a juicio del ordinario, se presenta una necesidad grave, los ministros católicos pueden administrar los sacramentos (eucaristía, penitencia, unción de los enfermos) a cristianos que no están en plena comunión con la Iglesia católica, pero que piden estos sacramentos con deseo y rectitud: en tal caso se precisa que profesen la fe católica respecto a estos sacramentos y estén bien dispuestos (cf CIC, can. 844,4).

2837 "De cada día". La palabra griega, "epiousios", no tiene otro sentido en el Nuevo Testamento. Tomada en un sentido temporal, es una repetición pedagógica de "hoy" (cf Ex 16, 19-21) para confirmarnos en una confianza "sin reserva". Tomada en un sentido cualitativo, significa lo necesario a la vida, y más ampliamente cualquier bien suficiente para la subsistencia (cf 1 Tm 6, 8). Tomada al pie de la letra [epiousios: "lo más esencial"], designa directamente el Pan de Vida, el Cuerpo de Cristo, "remedio de inmortalidad" (San Ignacio de Antioquía) sin el cual no tenemos la Vida en nosotros (cf Jn 6, 53-56) Finalmente, ligado a lo que precede, el sentido celestial es claro: este "día" es el del Señor, el del Festín del Reino, anticipado en la Eucaristía, en que pregustamos el Reino venidero. Por eso conviene que la liturgia eucarística se celebre "cada día".

La Eucaristía es nuestro pan cotidiano. La virtud propia de este divino alimento es una fuerza de unión: nos une al Cuerpo del Salvador y hace de nosotros sus miembros para que vengamos a ser lo que recibimos... Este pan cotidiano se encuentra, además, en las lecturas que oís cada día en la Iglesia, en los himnos que se cantan y que vosotros cantáis. Todo eso es necesario en nuestra peregrinación (San Agustín, serm. 57, 7, 7).

El Padre del cielo nos exhorta a pedir como hijos del cielo el Pan del cielo (cf Jn 6, 51). Cristo "mismo es el pan que, sembrado en la Virgen, florecido en la Carne, amasado en la Pasión, cocido en el Horno del sepulcro, reservado en la Iglesia, llevado a los altares, suministra cada día a los fieles un alimento celestial" (San Pedro Crisólogo, serm. 71)

2. EXÉGESIS

Xavier Leon-Dufour

Eucaristía

I. SENTIDOS DE LA PALABRA. 1. Acción de gracias y bendición. Eucaristía significa de suyo reconocimiento, gratitud ; de ahí, acción de gracias. Este sentido, el más ordinario en el griego profano, se halla igualmente en la Biblia griega, particularmente en las relaciones humanas (Sab 18,2; 2Mac 2,27; 12,31; Act 24,3; Rom 16,4). Para con Dios, la *acción de gracias (2Mac 1,11; ITes 3,9; ICor 1,14; Col 1,12) adopta de ordinario la forma de una oración (Sab 16,28; ITes 5,17s; 2Cor 1,11; Col 3,17; etc.), por ejemplo, al principio de las cartas paulinas (p.e., ITes 1,2). Entonces converge naturalmente con la *bendición que celebra las "maravillas" de Dios, pues estas maravillas se expresan para el hombre en beneficios que dan a la *alabanza un matiz de reconocimiento; en estas condiciones la acción de gracias va acompañada de una anamnesis por la que la *memoria evoca el pasado (Jdt 8,25s; Ap 11,17s), y el eukharistein equivale al eulogein (ICor 14,16ss). Esta

eulogía-eucaristía se halla particular-mente en las comidas judías, cuyas bendiciones alaban y dan gracias a Dios por los alimentos que ha dado a los hombres. Pablo habla en este sentido de comer con "eucaristía" (Rom 14,6; 1Cor 10,30; 1Tim 4,3s). (...)

En realidad, la palabra eucaristía ha prevalecido en el uso cristiano para designar la acción instituida por Jesús la víspera de su muerte. Pero no hay que olvidar que este término expresa una *alabanza de las maravillas de Dios tanto y más que un agradecimiento por el bien que de ellas obtienen los hombres. Por este acto decisivo en que Jesús confió a unos alimentos el valor eterno de su muerte redentora, consumó y fijó por todos los siglos el homenaje de sí mismo y de todas las cosas a Dios, que es lo propio de la religión y que es lo esencial de su obra de salvación y su persona ofrecida en la cruz y en la eucaristía es toda la humanidad con el universo por marco. que retornan al Padre. Esta riqueza de la eucaristía, que la sitúa en el centro del *culto cristiano, la hallamos en textos densos que hay que analizar más detalladamente.

II. INSTITUCIÓN Y CELEBRACIÓN PRIMITIVA. 1. Los relatos. Cuatro textos del NT refieren la institución eucarística: Mt 26,26-29; Mc 14,22-25; Lc 22,15-20; 1Cor 11,23ss. (...)

2. El marco histórico. Otro problema del que depende la interpretación de estos textos es su marco histórico. Para los sinópticos fue ciertamente una comida pascual (Mc 14,12-16 p); pero según Jn 18,28; 19,14.31, la pascua no se celebró hasta el día siguiente, la tarde del viernes. Se ha intentado todo para explicar esta divergencia ; sea contradiciendo a Juan que habría retrasado un día para obtener el simbolismo de la muerte de Jesús a la hora misma de la inmolación del cordero pascual (Jn 19,14.36), sea pretendiendo que la pascua se hubiese celebrado aquel año el jueves y el viernes respectiva-mente por diferentes grupos de judíos, sea imaginando una pascua esenia celebrada la noche del martes, y a la que se habría unido Jesús. Lo mejor parece ser admitir que Jesús, sabiendo que moriría en el momento mismo de la pascua, se anticipó un día, evocando en su última cena el rito pascual en forma suficiente para poder empalmar con él su I| evo rito, que será el rito pascual del NT: esta solución respeta la cronología de Jn y tiene suficientemente en cuenta la presentación de los sinópticos.

(...)

III. LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO DE NUTRICIÓN. 1. La comida, signo religioso. La eucaristía, instituida durante una comida, es un rito de nutrición. Desde los tiempos más remotos, particularmente en el mundo semita, reconoció el hombre a los alimentos un valor sagrado, debido a la munificencia de la divinidad y a su aptitud para procurar la vida. Pan, agua, vino, frutos, etc., son bienes por los que se bendice a Dios. La comida misma tiene valor religioso, pues la comida en común establece vínculos sagrados entre los comensales, y entre ellos y Dios.

2. De las figuras a la realidad. Así en la revelación bíblica *alimentos y comida sirven para expresar la comunicación de vida que hace Dios a su pueblo. El *maná y las codornices del *Éxodo, así como el *agua que brotó de la roca de Horeb (Sal 78,20-29), son otras tantas realidades simbólicas (1Cor 10,3s) que prefiguran el *don verdadero que sale de la boca de Dios (Dt 8,3; Mt 4,4), la *palabra, verdadero *pan bajado del cielo (Éx 16,4).

Ahora bien, estas figuras se realizan en Jesús. Él es el "pan de vida", primero por su palabra que abre la vida eterna a los que creen (Jn 6, 26-51a), luego por su *carne y su *sangre dados como comida y bebida (Jn 6,51b-58). Estas palabras que anuncian la eucaristía las dijo Jesús después de haber alimentado milagrosamente a la multitud en el desierto (Jn 6,1-15). El don que promete y que opone al maná (Jn 6,31s.49s) enlaza así con las maravillas del éxodo, al mismo tiempo que se sitúa en el horizonte del banquete mesiánico, imagen de la felicidad celestial familiar al judaísmo (Is 25,6; escritos rabínicos) y al NT (Mt 8,11; 22,2-14; Lc 14,15; Ap 3,20; 19,9). 3. La comida del Señor, memorial y promesa. La última cena es como la última preparación del banquete mesiánico en que Jesús volverá a encontrarse con los suyos después de la prueba cercana. La "pascua

cumplida" (Lc 22,15s) y el "vino nuevo" (Mc 14,25 p) que gustará con ellos en el reino de Dios, los prepara en esta última comida haciendo que el pan y el vino signifiquen la realidad nueva de su cuerpo y de su sangre.

El rito de la comida pascual le ofrece la ocasión apropiada y procurada. Las palabras que en ella pronunciaba el padre de familia sobre los diversos alimentos, muy en particular sobre el pan y sobre la tercera copa, les conferían cierto poder de evocación del pasado y de esperanza del porvenir, hasta tal punto que los comensales al recibirlos revivían realmente las pruebas del Éxodo y vivían por adelantado las promesas mesiánicas. Jesús usa a su vez de ese poder creador que el espíritu semítico reconoce a la palabra, y todavía lo aumenta con su autoridad soberana. Dando al pan y al vino su nuevo sentido, no los explica, sino que los transforma. No interpreta, sino que decide, decreta: esto es mi cuerpo, es decir, en adelante lo será. (...)

IV. LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO DE UN SACRIFICIO. 1. El anuncio de la muerte redentora. Muerte redentora, pues el cuerpo será "dado por vosotros" (Lc; ICor tiene sólo "por vosotros", con variantes poco garantizadas); la sangre será "derramada por vosotros" (Lc) o "por una multitud" (Mc; Mt). El hecho mismo de que pan y vino se separen sobre la mesa evoca la separación violenta del cuerpo y de la sangre; Jesús anuncia claramente su muerte próxima y la presenta como un *sacrificio, comparable con el de las víctimas cuya sangre selló en el Sinaí la primera *alianza (Éx 24,5-8), y hasta con el del *cordero pascual, en la medida en que el judaísmo de entonces lo consideraba también como un sacrificio (cf. ICor 5,7).

Pero hablando Jesús de sangre "derramada por muchos" con miras a una "nueva alianza", debe de pensar también en el siervo de Yahveh, cuya vida fue "derramada", que cargó con los pecados de "muchos" (Is 53,12), y al que Dios designó como "alianza del pueblo y luz de las naciones" (Is 42,6; cf. 49,8). Ya anteriormente se había atribuido el papel del siervo (Le 4,17-21) y había reivindicado la misión de dar como él su vida "como rescate por muchos" (Mc 10,45 p; Is 53). Aquí da a entender que su muerte inminente va a reemplazar los sacrificios de la antigua alianza y a librar a los hombres, no de una *cautividad temporal, sino de la del *pecado, como Dios lo había exigido al siervo. Va a instaurar la "nueva alianza" que había anunciado Jeremías (Jer 31, 31-34).

2. La comunión en el sacrificio. Ahora bien, lo más nuevo es que Jesucristo encierra la riqueza de este sacrificio en alimentos. En Israel, como en todos los pueblos antiguos, se acostumbraba percibir los frutos de un sacrificio consumiendo la víctima; esto era unirse a la ofrenda y a Dios que la aceptaba (ICor 10,18-21). Los fieles de Jesús, comiendo su cuerpo inmolado y bebiendo su sangre, tendrán parte en su sacrificio, haciendo suya su ofrenda de amor y beneficiándose de la gracia que por su parte opera. A fin de que puedan hacerlo en todas partes y siempre escoge Jesús alimentos muy corrientes para convertirlos en su carne y en su sangre en estado de víctima; por esto también ordena a sus discípulos que repitan a ejemplo suyo las palabras que por su autoridad operarán este cambio. De esta manera les da una participación delegada en su *sacerdocio.

En adelante los cristianos, cada vez que reproducen este gesto o se asocian a él, "anuncian la muerte del Señor hasta que venga" (ICor 11,26), puesto que la presencia sacramental que realizan es la de Cristo en estado de sacrificio. Lo hacen "en *memoria suya" (ICor 11,25; Lc 22,19), es decir, que rememoran con la fe su acto redentor o, quizá mejor, lo hacen presente al recuerdo de Dios (cf. Lev 24,7; Núm 10,9s; Eclo 50,16; Act 10,4.31), como una ofrenda incesantemente renovada, que atrae su gracia. Anamnesis que comporta el recuerdo admirativo y agradecido de las maravillas de Dios, la mayor de las cuales es el sacrificio de su Hijo para procurar a los hombres la salvación. Maravilla de amor en la que éstos participan uniéndose por la *comunión al cuerpo del Señor, y en él a todos sus miembros (ICor 10,14-22). Sacramento del sacrificio de Cristo es la eucaristía: sacramento de la caridad, de la unión en el *cuerpo de Cristo.

(...)

3. COMENTARIO TEOLÓGICO

P. Carlos M. Buela, IVE

El sacrificio de Jesucristo

La Eucaristía no es solamente sacramento, sino que, además de sacramento, es un sacrificio. Dicho más propiamente es un sacrificio sacramental, o, lo que es lo mismo, un sacramento sacrificial.

Jesucristo ha querido perpetuar su único sacrificio de la Cruz sobre nuestros altares, de tal manera, que aquel sacrificio realizado de manera cruenta en especie propia (su Cuerpo natural) se perpetúa en el sacrificio del altar realizado de manera incruenta en especie ajena.

Por eso, tenemos un solo y único sacrificio porque son uno y lo mismo el sacerdote, la víctima y la oblación. Tanto en la Cruz como en la Misa el sacerdote principal es Jesucristo; tanto en el Gólgota como en el altar la víctima es Jesucristo y el acto oblativo interno tanto en el Calvario como en la Eucaristía es el mismo, del mismo Jesucristo. No se multiplica el sacrificio, lo que se multiplican son las distintas presencias del único sacrificio, de manera parecida a como no se multiplica el Cuerpo de Cristo, sino se multiplican las presencias del Cuerpo de Cristo bajo las especies de pan en miles y miles de partículas.

El singular sacrificio eucarístico es una realidad tan inefable que no es posible expresarla, adecuadamente, con un solo concepto. Por eso, debido a nuestro modo humano de conocer debemos multiplicar los conceptos para poder llegar a tener una idea lo más adecuada posible a la realidad.

Hemos dicho que la Eucaristía se ofrece porque es sacrificio. Ahora queremos tratar de por qué razones la Misa es sacrificio. Siguiendo al Concilio de Trento y al Catecismo de la Iglesia Católica debemos decir que la Misa es sacrificio por tres razones:

- 1º. Porque es representación del sacrificio de la cruz;
- 2º. Porque es memorial del sacrificio de la cruz; y
- 3º. Porque es aplicación de los frutos de la cruz a nosotros.

En efecto, se enseña en el Catecismo de la Iglesia Católica que «la Eucaristía es, pues, un sacrificio porque representa (= hace presente) el sacrificio de la cruz, porque es su memorial y aplica su fruto (y cita al Concilio de Trento): “(Cristo), nuestro Dios y Señor, se ofreció a Dios Padre una vez por todas, muriendo como intercesor sobre el altar de la cruz, a fin de realizar para ellos (los hombres) una redención eterna. Sin embargo, como su muerte no debía poner fin a su sacerdocio¹, en la última Cena, la noche en que fue entregado (1Cor 11,23), quiso dejar a la Iglesia, su esposa amada, un sacrificio visible (como lo reclama la naturaleza humana), donde sería representado el sacrificio sangriento que iba a realizarse una única vez en la cruz, cuya memoria se perpetuaría hasta el fin de los siglos² y cuya virtud saludable se aplicaría a la redención de los pecados que cometemos cada día”³»⁴.

Tres nociones que se entrecruzan y entrelazan, que se implican mutuamente y que recíprocamente se ilustran. En la Misa la representación es memorial y aplicación; el memorial es representación y aplicación; y la aplicación es representación y memorial; aunque entre ellas no se identifican totalmente.

Párrafo 1º. Representación

Decimos que es **representación** de la Pasión del Señor, porque en la Misa la Sangre aparece separada del Cuerpo, como en la Cruz. La Misa es representación de la Pasión del Señor, porque, significa, expresa, eficazmente, la misma Pasión del Señor en su acto principal cuando en la Cruz la Sangre se separó del Cuerpo.

1. ¿Qué es representar y representación en sentido profano?

Según el Diccionario de la Real Academia Española, **representar** viene del latín *repraesentare* y tiene 10

¹ cfr. Heb 7,24.27.

² cfr. 1Cor 11,23.

³ CONCILIO DE TRENTO, DH 1740. El resaltado es nuestro.

⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1366.

acepciones, algunas de ellas son, por ejemplo:

4. [tr.] Recitar o ejecutar en público una obra dramática.
5. [tr.] Interpretar un papel de una obra dramática.
6. [tr.] Sustituir a uno o hacer sus veces, desempeñar su función o la de una entidad, empresa, etc.
7. [tr.] Ser imagen o símbolo de una cosa, o imitarla perfectamente.

Y **representación**, del latín *repraesentatio*, *-onis*, con 8 acepciones, algunas de ellas:

1. [f.] Acción y efecto de representar o representarse.
2. [f.] Nombre antiguo de la obra dramática.
4. [f.] Figura, imagen o idea que sustituye a la realidad.
6. [f.] Conjunto de personas que representan a una entidad, colectividad o corporación.
7. [f.] Cosa que representa otra.

2. ¿Qué es representación en el Antiguo Testamento?

En el Antiguo Testamento los sacrificios, tanto los holocaustos, los sacrificios por los pecados, las hostias pacíficas y demás, eran figura, símbolo o imagen del sacrificio de la cruz, y, de alguna manera lo representaban, pero no lo contenían. Podemos decir que **representación** en el Antiguo Testamento responde a las séptimas acepciones: «Ser imagen o símbolo de una cosa» y «cosa que representa otra», en cuanto que, como figuras, signos e imagen, representaban el sacrificio de Cristo en la cruz. Como dice San Pablo: *Todo esto es sombra de lo venidero; pero la realidad es el cuerpo de Cristo* (Col 2,17); *Todo esto les acontecía en figura* (1Cor 10,11); *Éstos dan culto en lo que es sombra y figura de realidades celestiales* (Heb 8,5).

3. ¿Qué es representación en el Nuevo Testamento, en el sacrificio de la Nueva Alianza, en la Misa?

En el Nuevo Testamento es esencialmente distinta la **representación** en el sacrificio de la Nueva Alianza, donde la Eucaristía no solamente es signo, símbolo, figura o imagen del sacrificio de la cruz, sino que lo **contiene**, ya que contiene al Cristo que ha padecido. Es solamente «propio de este sacramento que en su celebración se inmole Cristo»⁵. Que se inmole como en la cruz, aunque de otro modo, cosa que jamás ocurrió en el Antiguo Testamento.

De ahí, que para algunos teólogos: «Representar es presentar por segunda vez la Víctima, pero con distinta victimación. Con ello se da a la palabra dos significaciones: la de imagen y la de repetición»⁶. La distinta victimación, es real y verdadera, pero es mística o sacramental.

Decimos que es **representación** de la Pasión del Señor, porque en la Misa la Sangre aparece separada del Cuerpo, como en la cruz. No es mera representación vacía, sino que es una verdadera representación sacramental, que realiza lo que significa, y la Misa es, por tanto, «un verdadero y propio sacrificio»⁷. Digamos una vez más: ¿La representación sacramental significa sacrificio? Sí, ¡pues lo realiza eficazmente!

Respecto de los demás sacramentos vale recordar aquí lo que enseña Piolanti tomando distancia respecto a los excesos de Casel: «... el axioma “producen lo que significan” vale solamente para “aquello que significan demostrándolo”, o sea de la gracia, y no se puede aplicar a la pasión y a la gloria, precisamente porque estas realidades son significadas ‘conmemorándolas’ o ‘pronosticándolas’ (o “prefigurándolas”); en Santo Tomás, en fin, la palabra *repraesentare* no tiene el sentido clásico de ‘hacer algo presente’, sino el escolástico de ‘representar’, ‘figurar’, ‘simbolizar’, sentido que conserva también hoy en el lenguaje común». De aquí que los demás sacramentos no sean sacrificio. Esto, sin más, no es aplicable a la Eucaristía. Continúa diciendo Piolanti: «Para confirmar esta explicación es suficiente citar dos pasos del santo doctor: “*La celebración de este sacramento es cierta imagen representativa de la pasión, que es verdadera inmolación*”⁸; “*Lo que el sacerdote hace en la Misa...lo hace para representar algo. Pues, al extender el sacerdote los brazos después de la consagración, significa la extensión de los brazos de Cristo en la cruz*”⁹. En este último paso, *repraesentare* equivale a ‘significar’, como en el precedente la ‘imagen representativa’ (o en ‘especie ajena’) se opone a la ‘verdad’ (o en ‘especie propia’)»¹⁰. (Es interesante notar que el Catecismo de la Iglesia Católica en italiano, traduce

⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* III, 83, 1.

⁶ EMILIO SAURAS, O.P., Introducción a *S. Th.*, III, 83, ed. cit., 829–830.

⁷ CONCILIO DE TRENTO, DH 1751.

⁸ *S. Th.*, III, 83, 1.

⁹ *S. Th.*, III, 83, 5, ad 5.

¹⁰ ANTONIO PIOLANTI, *El sacrificio de la Misa en la Teología Contemporánea* (Barcelona 1965) 64–65. Paréntesis nuestros.

*repraesentaretur por venisse significato*¹¹).

También hay que tener en cuenta lo que en páginas atrás dice Piolanti: Decir “*imagen*” para los antiguos no es la simple representación ideal de una realidad ausente; ella misma contiene, por el contrario, la realidad que representa¹². Diciendo de Cristo que es la imagen perfecta del Padre, nuestros autores afirman una comunicación total, una identidad profunda de naturaleza. Comentando la epístola a los Colosenses dice un autor: «*Esta imagen es verdadera: no inane, sino fuerte; no vacía, sino plena de vida*»¹³.

De ahí que Santo Tomás –y Piolanti lo sigue– agrega una segunda razón que es por la cual éste sacramento implica una verdadera inmolación «*por los efectos de la Pasión de cuyos frutos nos hace participar*»¹⁴. En cuanto a ésta segunda razón: «*la inmolación se realiza sólo en la celebración de este sacramento*»¹⁵.

La palabra “*imagen*” define el lugar intermedio donde debe situarse el Nuevo Testamento: entre la sombra y la verdad; próximo a la sombra por el conocimiento oscuro que eso configura, pero próximo a la verdad por su sustancia profunda. Decía San Ambrosio: «*La sombra en la ley (antigua), la imagen en el evangelio, la verdad en el cielo*»¹⁶.

Santo Tomás enseña: «*En la antigua ley la figura es propuesta sin la cosa; en la nueva ley, sin embargo, la figura es propuesta con la cosa; en el cielo se nos dará la cosa sin la figura*»¹⁷.

De manera que no sólo debemos afirmar con fuerza que el mismo Cristo está presente bajo las especies de pan y vino, sino que, con la misma fuerza debemos considerar que está bajo las especies **separadas** de pan y vino como Víctima, es decir, con su sacrificio, con su inmolación y con su oblación u ofrecimiento. ¿Con cuál sacrificio, con cuál inmolación, con cuál oblación? Con el mismo sacrificio de la cruz, con la misma inmolación de la cruz, con la misma oblación de la cruz, aunque de modo sacramental.

Y si bien sabemos que bajo cada una de las especies está Cristo entero, por razón de la concomitancia, con su Cuerpo, Sangre, alma y divinidad, no es menos cierto que, por razón del sacramento, por la fuerza de las palabras, la Sangre está directamente presente bajo la especie de vino y el Cuerpo está directamente presente bajo la especie de pan. Esto alcanza y sobra para dar razón del sacrificio eucarístico –que es sacramental–: **¡Sangre derramada por un lado, Cuerpo entregado por otro, en todos los idiomas del mundo es sacrificio!** Al ser el sacramento un signo eficaz, realiza lo que significa.

De tal modo que, por ser la Misa **representación eficaz, viva y plena** del sacrificio de Cristo en la Cruz, es **perpetuación** del mismo sacrificio cruento de Cristo en la Cruz, en figura ajena, o sea, «bajo condición que le es extraña –diríamos, que no le es natural–, como sucede en el sacramento»¹⁸, bajo las apariencias de pan y vino. En la Misa se hace no sólo el rito incruento de la Cena, sino que se hace presente el sacrificio cruento de la Cruz, bajo las especies sacramentales. El Cenáculo y el Calvario vienen hacia nosotros, sobre el altar. Suele decirse que nosotros debemos imaginarnos presentes en el Cenáculo y en el Gólgota, pero no es del todo exacto, son el Cenáculo y el Gólgota los que vienen a nosotros.

Debemos tener en cuenta, también, como ya hemos dicho, que muchas cosas representaban la Pasión del Señor, por ejemplo, los sacrificios del Antiguo Testamento en cuanto eran la representación de la verdadera inmolación de Cristo: «podría decirse que Cristo se inmoló en las figuras del Antiguo Testamento»¹⁹. El Bautismo y los demás sacramentos representan, a su modo, la Pasión del Señor; pero aún en la Misa: la fracción del pan, la comunión, la inmixción... representan, a su modo, la Pasión del Señor; **¡pero la sola representación eficaz se tiene en la doble consagración por separado del pan y del vino!**

De ahí que la fe católica no sólo dice que en la Eucaristía Jesucristo está presente, verdadera, real y sustancialmente, bajo las apariencias de pan y vino, sino que además, está presente el «*Christus passus*», el Cristo que ha sufrido, ya que la Eucaristía «“contiene a Cristo que padeció”»²⁰; es decir, contiene a Cristo no “padeciendo

11 *Catechismo della Chiesa Cattolica*, Ed. Vaticana 1999, n. 1366.

12 H. DE LUBAC, *Corpus Mysticum*, 2da. ed., París 1949, 219; cit por A. PIOLANTI, *Il Mistero Eucaristico*, 3ª Ed., Ed. Vaticana, Roma 1983, 360-361.

13 PSEUDO-PRIMASIO, *In Coloss.*, PL 68.652; idem.

14 *S. Th.*, III, 83, 1.

15 *Ibidem*.

16 SAN AMBROSIO, *In psal.* 38, n. 25.

17 *In IV Sent.*, d. 8, q. 1, a. 3.

18 DOM VONIER, *Doctrina y clave de la Eucaristía*, ed. cit., 252.

19 SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* III, 81, 1.

20 *Ibidem*, *S. Th.*, III, 85, 5, ad 2.

ahora”, sino que “padeció en otro tiempo”»²¹. «La Eucaristía es el sacramento perfecto de la Pasión del Señor, por cuanto contiene al mismo Cristo que padeció»²².

Tengamos siempre en claro y muy firme en nuestra alma, la santa fe católica que enseña como dogma de fe definida que: «En este divino sacrificio, que en la Misa se realiza, se contiene e inluentamente se inmola aquel mismo Cristo que una sola vez se ofreció Él mismo cruentamente en el altar de la cruz»²³.

Decía el gran Bossuet: «Todo se hará con este pan y este vino; vendrá una palabra omnipotente que de este pan hará la Carne del Salvador y del vino su Sangre ... ¡Oh Dios!, sobre el altar se encuentran aquel Cuerpo mismo, aquella misma Sangre; aquel Cuerpo entregado por nosotros, aquella Sangre derramada por nosotros ... Están separados, sí, separados, el Cuerpo por una parte, la Sangre por otra, y cada uno bajo signos diferentes ... He ahí, por tanto, revestidos del carácter de su muerte, a aquel Jesús, otra vez nuestra Víctima y hoy también nuestra Víctima de un modo nuevo por la separación mística de aquella Sangre de aquel Cuerpo. No diremos más porque todo el resto es incomprensible y nadie lo ve, excepto aquel que lo ha hecho»²⁴.

Por la fuerza del sacramento lo que aparece sobre el altar, después de la consagración, es la Sangre separada del Cuerpo, que es la representación eficaz de lo que sucedió en la cruz. Nosotros, indignos y pecadores, por gracia de Dios, participamos así del sacrificio de la cruz. ¡Qué gracia enorme! ¡Cuánto nos vamos a arrepentir el día de mañana de haber dejado de participar de una Misa, por culpa propia!

El Cenáculo y el Calvario vienen a nosotros: ¡Debemos tener nosotros las mismas disposiciones espirituales que tuvieron los Apóstoles en la Última Cena, y la Santísima Virgen, San Juan, Santa María Magdalena, Santa María de Cleofás, Santa María Salomé y las otras santas mujeres en el Gólgota!

¿Cuál debería ser nuestra actitud expectante, reverente, concentrada, asombrada, amante, delicada, adorante, ante «*el misterio de la fe*»? ¿No deberíamos dejar nuestras preocupaciones, contratiempos, disgustos, dolores, desilusiones, fracasos en la patena y ponerlos en las manos y en el corazón de Jesús y así poner en práctica la enseñanza del Maestro: *Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera* (Mt 11,28–30).

(BUELA, C., *Nuestra Misa*, EDIVE, San Rafael (Mendoza – Argentina), 2010, p. 107 – 116)

4. SANTOS PADRES

San Juan Crisóstomo

La venerada y tremenda mesa

Pero para que veamos la diferencia que hay entre el traidor y los demás discípulos, oigamos el Evangelio: que todo nos lo cuenta minuciosamente el Evangelista. Cuando esto sucedía, dice, cuando siguió adelante la traición, cuando Judas se perdió a sí mismo, cuando hizo aquellos tratos inicuos y buscaba oportunidad para entregarle, *entonces se acercaron a Jesús los discípulos, diciendo: ¿Dónde quieres que te dispongamos sitio para comer la Pascua?* (Mt 26, 17) ¿Ves qué discípulos y qué discípulo? Este se afanaba por la traición, aquellos por el servicio; este hacía pactos y trataba de recibir el precio de la sangre del Señor, aquellos se preparaban a obsequiarle. Los mismos milagros, las mismas enseñanzas tuvieron ellos y él, ¿dónde, pues, la diferencia? De la voluntad. Esta es la causa de los males y de los bienes. Era una misma la tarde en que decían esto los discípulos. ¿Qué significa *dónde quieres que te dispongamos sitio para comer la Pascua?* De aquí sacamos que no tenía Cristo habitación propia. Oigan los que edifican casas espléndidas y extensos pórticos, cómo el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza; por eso le dicen los discípulos: *¿Dónde quieres que te dispongamos sitio para comer la Pascua?* ¿Qué Pascua? La

²¹ ANTONIO PIOLANTI, *El sacrificio de la Misa en la Teología Contemporánea* (Barcelona 1965) 65.

²² SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* III, 73, 5, ad 2.

²³ CONCILIO DE TRENTO, DH 1743.

²⁴ *Méditations sur l'Évangile, La cène*, 1ª parte, 57º día.

de los judíos, la que tuvo origen desde Egipto, porque allí la celebraron al principio. ¿Y por qué razón la celebra Cristo? Como cumplió todos los otros preceptos legales, quiso también cumplir éste. Por eso decía a San Juan: *Así conviene que cumplamos toda justicia*. (Mt 3, 15). Por consiguiente, no nuestra Pascua, sino la de los judíos era la que querían preparar los discípulos. Y ellos la prepararon, en efecto, mientras que la nuestra la preparó el mismo Cristo, o mejor, él se convirtió en nuestra Pascua por su santa pasión. ¿Y por qué va a la pasión? Para redimirnos de la maldición de la ley. Por lo cual San Pablo clamaba: *Envío Dios a su Hijo nacido de mujer, sujeto a la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley* (Ga 4, 4-5). Pues para que nadie dijera que la abrogó porque no la pudo cumplir, como cargosa, molesta y difícil, no la abrogó hasta haberla cumplido en toda su extensión. Por esto celebró también la Pascua: porque era para ellos precepto de la ley la fiesta de la Pascua. Eran los judíos ingratos a su bienhechor, y en seguida se olvidaban de él. Para que lo veas claro, considera: salieron de Egipto, atravesaron el mar Rojo, vieron dividirse las aguas y juntarse de nuevo; y, sin embargo, al poco tiempo dicen a Aarón: *Haznos dioses, que vayan delante de nosotros* (Ex 32, 1). ¿Qué dices, oh ingrato judío? ¿Tantas maravillas como has visto, y ya te has olvidado de Dios que te alimenta, y ni siquiera haces mención de tu bienhechor? Ya, pues, que se olvidaban de sus beneficios, ligó Dios el recuerdo de sus dones al título de las festividades, para que de grado o por fuerza tuvieran continua memoria de ellos. Tal era la obligación que tenían: ¿por qué? *Para que cuando te preguntare tu hijo: ¿qué es esto?, le respondas: Con la sangre de este cordero ungiéron los umbrales de las puertas, y escaparon de la muerte que el exterminador dio a todos los egipcios, y por esta sangre no pudo acometerlos y herirlos. Ellos fueron sacrificados por fuerza; más aquí Cristo se inmola voluntariamente. ¿Por qué? Porque aquella Pascua era figura de la espiritual. Y para que lo veas, mira cuanta es su mutua correspondencia. Allí había un cordero, y un cordero hay aquí; aquel era irracional, y este es racional; una oveja allí y aquí otra oveja; aquella era la sombra, y esta es la realidad; más apareció el sol de justicia, y la sombra cesó; que cuando el sol brilla, se oculta la sombra. Por eso hay también un cordero en la mesa mística para que nos santifiquemos con su sangre. Por eso, llegado ya el sol, no brilla ya la lámpara; que lo pasado no fue sino figura de lo venidero.*

V

Esto se lo digo a los judíos, no sea que engañándose a sí mismos, se imaginen que celebran la Pascua; porque con desvergonzado propósito se adelantan a recibir los ácidos y nos ponen delante su fiesta, ellos, los incircuncisos de corazón, y siempre duros y rebeldes para oír.

Respóndeme, judío: ¿cómo celebras la Pascua? El templo está arruinado, deshecho el altar, pisoteado el Sancta Sanctorum, todo sacrificio abrogado, ¿cómo, pues, te atreves a prevaricar? Fuiste en otro tiempo a Babilonia, oíste a los que os cautivaron, que os decían: *Cantadnos el cántico del Señor* (Sal 136, 3), y no lo pudiste sufrir. Pues, ¿cómo ahora celebras la Pascua fuera de Jerusalén, tú que dijistes: *Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra ajena* (*Ib.*, v. 3)? Esto nos declaraba el Santo David, cuando decía: *Sobre el río de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos; sobre los sauces de enmedio de él suspendimos nuestros instrumentos músicos* (Sal 136, 1-2), es decir, el salterio, la citara y la lira, que eran los instrumentos de que usaban los antiguos, y a cuyo son cantaban los salmos. *Allí, dice, los que nos hicieron cautivos nos preguntaron la letra de nuestras canciones* (*Ib.*, v. 3). Y dijimos: *¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra ajena? ¿Qué dices?*, responde. *¿Conque no cantas el canto del Señor en tierra ajena, y celebras la Pascua en tierra ajena? ¿Ves la insensatez de los judíos? Cuando los obligaban los enemigos, ni un salmo querían cantar en tierra ajena; y ahora, ellos de suyo, sin obligarlos nadie, declaran guerra a Dios. Por esta razón, les decía San Esteban: Siempre vosotros resistís al Espíritu Santo* (Hch 7, 51). ¿Ves que impuros son los ácidos, y cuán ilegal es la fiesta de los judíos? Existía ante la Pascua judaica, pero ya desapareció.

VI

Entonces, dice (el Evangelio [Mt 26, 26]), Jesús mientras ellos comían y bebían, tomando un pan en sus santas e inmaculadas manos, dio gracias, y lo partió y dijo a sus discípulos: Tomad y comed, este es mi cuerpo, que por vosotros y por muchos se divide para remisión de los pecados. Y tomando a su vez el cáliz, se lo dio a ellos, diciendo: Esta es mi sangre, que por vosotros se derrama para remisión de los pecados (*Ibíd.*, v. 27, 28). Y cuando esto decía el Señor, estaba presente Judas. Esta es ¡oh Judas! la sangre que vendiste en treinta monedas; esta es la sangre por la cual hace poco hacías tratos desvergonzados con los ingratos fariseos. ¡Oh grande benignidad de Cristo! ¡Oh ingratitud de Judas! ¡El Señor le alimentaba, y el siervo le vendía! Él le

vendió, si, recibiendo en precio treinta monedas, y Cristo derrama en precio de nuestro rescate su propia sangre, y se la entregó al mismo, que la vendió, si él lo hubiera querido. Estuvo, sí, presente Judas antes de la traición, y participó de la sagrada mesa, y gozó de la cena mística. Porque, como estuvo cuando el Señor lavó los pies, así también participó de la sagrada mesa Judas, para que no tuviera excusa alguna, sino que recibiera su propia condenación. Porque perseveró en su malvado propósito, y salido de allí, por medio de un beso llevo a cabo la traición, olvidado de sus beneficios, y después de la traición arrojó las treinta monedas, diciendo: *Pequé entregando sangre inocente*. ¡Oh ceguedad! ¿Participaste de la cena, y vendes al bienhechor? Y el Señor, por su parte, cumplía de grado lo que de él estaba escrito: *Pero ¡ay de aquel por quien vino el escándalo* (Mt. 18, 7)!

* * *

Mas ya es tiempo de acercarnos a la venerada y tremenda mesa. Acerquémonos, pues, todos con pura conciencia; no haya aquí ningún Judas que arme fraudes a su prójimo, ningún malvado, ninguno que tenga veneno oculto en su corazón. También ahora está presente Cristo, que da realce a esta mesa, pues no es el hombre quien convierte la ofrenda en el cuerpo y sangre de Cristo. Sólo para llenar la representación está el sacerdote y ofrece la súplica; únicamente la gracia y virtud de Dios es la que todo lo obra. *Este es mi cuerpo*, dice (Mt 26, 26). Estas palabras transforman la ofrenda. Y así como aquella voz que decía: *Creced y multiplicaos y llenad la tierra* (Gn 1, 28) era palabra y se convirtió en obra, y dio a la naturaleza humana el poder de criar hijos; así también estas palabras aumentan siempre la gracia de cuantos dignamente participan de ellas. No haya, pues, ningún fraudulento, ningún malvado, ninguno dado a la rapiña, ningún calumniador, ninguno que odie a sus hermanos, ningún avaro, ningún ebrio, ningún ambicioso, ningún sodomita, ningún envidioso, ninguno entregado a la lujuria, ningún ladrón, ningún insidioso, porque no reciba su propia condenación. Que también entonces Judas participó indignamente de la cena mística, y salido de allí entregó al Señor; para que aprendas que el demonio acomete principalmente a aquellos que participan indignamente de los sacramentos, y que ellos mismos se acarrearán más grave suplicio. Digo esto, no tan sólo por atemorizaros, sino para afianzaros más. Porque así como el alimento corporal, si entra en un estómago lleno de malos humores, aumenta la enfermedad, así el alimento espiritual, cuando se le recibe indignamente, acarrea mayor condenación. Nadie, por consiguiente, os lo suplico, tenga dentro pensamientos malos; antes purifiquemos todos el corazón: que si somos puros, somos templos de Dios. Hagamos pura nuestra alma, que es posible hacerlo siquiera por un día. ¿De qué manera? Si tienes algo contra tu enemigo, arroja de ti la ira, desvanece la enemistad, para que recibas en la sagrada mesa la medicina del perdón. Te acercas a un sacrificio tremendo y santo; en él está inmolado Cristo. Pero piensa por causa de quién fue inmolado. ¡Oh, de qué misterio te privaste, Judas! Cristo padeció voluntariamente, *para deshacer la pared intermedia del cercado* (Ef 2, 14), y unir lo de abajo con lo de arriba, y hacerte partícipe de los ángeles a ti, su enemigo y adversario. ¿Conque Cristo dio su propia alma por ti, y tú guardas odio a tu consiervo? ¿Y cómo podrás acercarte a la mesa de la paz? Tu Señor no rehusó sufrirlo todo por ti, y tú ¿ni aún siquiera consientes en remitir la ira? ¿Por qué razón?, dime. La caridad es raíz, fuente y madre de todos los bienes. —Es que me causó, dirás, gravísimas molestias, me hizo innumerables injusticias, me puso ya en próximo peligro de muerte—. Y eso, ¿qué es? Aún no te crucificó, como al Señor los judíos. Si no perdonares al prójimo la injuria, tampoco tu Padre celestial te perdonará los pecados. ¿Y con qué conciencia dirás, *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre*, y lo que sigue? Cristo, aún la sangre que ellos derramaron, la ofreció del mismo modo para salvación de los que la derramaban. ¿Qué puedes hacer tú comparable con esto? Si no perdonas al enemigo, a ti mismo te haces injusticia, no a él; porque a él muchas veces le dañas para la vida presente, a ti mismo te acarreas suplicio sin remisión para el tiempo venidero. Pues a nadie en tanto grado aborrece y rechaza Dios, como al hombre que se acuerda de las injurias, y al corazón entumecido, y al alma que conserva la inflamación de la ira. Oye, efectivamente, lo que dice el Señor: *Si presentas tu ofrenda sobre el altar, y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces llégate y ofrece tu don* (Mt 5, 23-24). ¿Qué dices? ¿He de dejar allí el don o el sacrificio? Sí, responde; porque precisamente por la paz con tu hermano se ofrece el mismo sacrificio. Sí, pues, el sacrificio se ofrece por la paz con tu prójimo y tú no guardas la paz, inútil es para ti esta participación de él sin el bien de la paz. Guarda, pues, primero aquello por lo cual se ofrece el sacrificio, que es la paz, y entonces gozarás de él como es debido. Que a esto vino al mundo el Hijo de Dios, a reconciliar con el Padre nuestra naturaleza, como lo dice San Pablo: *Ahora todo lo reconcilió consigo* (Col 1, 22) *matando por medio*

de la cruz en sí mismo la enemistad (Ef 1, 22). Por eso no se contentó con venir él solo a hacer la paz, sino que también a nosotros nos llama bienaventurados, si esto hacemos, y nos hace participantes de su propio nombre: *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios* (Mt 5, 9).

Pues bien, lo que hizo Cristo, el Hijo de Dios, hazlo también tú, según tus fuerzas humanas, haciéndote conciliador de paces entre ti y tu prójimo; por eso llama Hijo de Dios al pacífico; por eso al tiempo del sacrificio no hizo mención de ninguna otra manera de justicia, sino de la reconciliación con el hermano, manifestando así que la caridad es la mayor de las virtudes.

Bien quería yo, amados hijos, extender más el discurso, pero aún lo dicho basta para los que reciben con atención e inteligencia la semilla de la piedad y para los que quieren atender a lo que se dice. Recordemos, pues, siempre, os lo pido, estas palabras, y el abrazo digno de reverencial temor que mutuamente nos damos. Porque este abrazo enlaza nuestras almas, y hace que todos nos hagamos un mismo cuerpo y miembros de Cristo, porque de un mismo cuerpo participamos todos. Hagámonos, pues, verdaderamente un cuerpo, no con unión material, sino estrechando las almas mutuamente con el vínculo de la caridad. Que si esto hacemos, confiadamente podremos gozar de la mesa que tenemos preparada, y hacernos mansión donde habite la paz que Jesucristo alcanzó en su victoria. Puesto que aun cuando tengamos innumerables virtudes, si conserváremos memoria de las injurias, todo lo habremos hecho en vano y sin fruto, y nada nos valdrá para la salvación. Porque estando el Salvador para volver al Padre, en vez de gloria temporal y grandes riquezas, dejó esta herencia a sus discípulos, diciéndoles: *Mi paz os doy, mi paz os dejo*. (Jn 14, 27). ¿Qué riqueza, en efecto, qué abundancia de bienes puede ser más preciosa que la paz de Cristo, que supera a todo elogio y entendimiento? Bien sabía el profeta Malaquías cuán grave y atroz delito es lo contrario, y por eso decía, como por boca de Dios: *Pueblo mío, hablad verdad cada uno con su prójimo, y nadie recuerde en su corazón maldad contra su prójimo, y no améis el juramento mentiroso, y no moriréis no, casa de Israel, dice el Señor* (Za 8, 16-17). De modo que si habéis de ser mentirosos, aborrecedores, perjuros, olvidándose de mis preceptos, ciertamente moriréis.

Ya, pues, que sabemos todo esto, amados hijos, deshagamos toda ira, guardemos la paz mutua, y arrancando la raíz del mal y purificando nuestra conciencia, acerquémonos con mansedumbre, con modestia, con mucha piedad a la participación de estos venerados y tremendos misterios, no empujándonos e hiriéndonos, ni haciendo estrépito y dando clamores, sino con mucho temor y temblor, con compunción y lágrimas, para que también el benigno Señor, mirando desde arriba nuestro estado de paz mutua, y nuestro amor no fingido, y nuestra unión fraternal, se digne concedernos a todos, tanto estos bienes como los demás prometidos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre juntamente con el Espíritu Santo gloria, imperio y honor, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilias Selectas*, Segunda Homilía sobre la traición de Judas y la Última Cena, IV-VI, Tomo II, Apostolado Mariano España 1991, 11-17

5. APLICACIÓN

P. José A. Marcón, IVE

El sacrificio eucarístico, fuente del sacerdocio y la caridad

(Jn 13,1-15)

Introducción

Dice el Misal Romano respecto a la misa de hoy: “Después de proclamar el Evangelio, el sacerdote pronuncia la homilía, en la cual se exponen los grandes misterios que se recuerdan en esta Misa, es decir, la institución de la sagrada Eucaristía y del Orden sacerdotal y el mandato del Señor sobre la caridad”²⁵.

²⁵ **MISAL ROMANO**, *Jueves de la cena del Señor*, Misa Vespertina, nº 9.

La institución de la sagrada Eucaristía está expresada en las palabras de la consagración del pan y del vino (Mt 26,26-28; Mc 14,22-24; Lc 22,19-20). La institución del Orden sacerdotal está expresada en las palabras de Jesús con que culminan las palabras de la consagración: ‘Haced esto en memoria mía’ (Lc 22,19; 1Cor 11,24-25). El mandato del Señor sobre la caridad está expresado en aquellas palabras: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn 13,34-35).

Sin embargo, sería un error afrontar esta homilía como si se tratase de tres misterios separados entre sí y encararla al modo de: punto 1, la institución de la Eucaristía; punto 2, el Orden sacerdotal; punto 3, el mandato de la caridad. En realidad, el centro y culmen de los tres misterios que celebramos hoy es el misterio de la Eucaristía. El Orden sagrado, como su misma institución lo dice, está íntima y estrictamente ligado a la Eucaristía. El Orden sagrado existe y subsiste principalmente para hacer posible la Eucaristía. Y el mandato de la caridad es el fruto y la consecuencia primera y mejor de la Eucaristía.

Por lo tanto, los tres misterios están entrelazados entre sí, formando un entramado, de tal manera que no puede existir el uno sin el otro. Pero el hilo de oro de ese entramado es la Eucaristía, porque ella no sólo contiene la gracia, sino que, además, contiene al Autor de la gracia.

1. La esencia de la Eucaristía: ser sacrificio

¿Cuál es la esencia de la Eucaristía? El ser el mismo sacrificio de Cristo en la cruz vuelto a presentar (re-presentado) en el altar de manera incruenta. “La Eucaristía es un sacrificio porque representa (= hace presente) el sacrificio de la cruz, porque es su memorial y aplica su fruto” (CEC, nº 1366). “La Eucaristía es (...), la actualización (...) de su único sacrificio, en la liturgia de la Iglesia” (CEC, nº 1362). Toda la fecundidad que tuvo y tiene el sacrificio de Cristo en el Calvario la tiene el Santo Sacrificio de la Misa o Eucaristía.

“El carácter sacrificial de la Eucaristía se manifiesta en las palabras mismas de la institución: ‘Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros’ y ‘Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre, que será derramada por vosotros’ (Lc 22,19-20)” (CEC, nº 1365).

El sacrificio del cuerpo mismo de Cristo (independientemente de su sangre) queda mejor manifestado en la narración de la consagración del pan reportada por Lucas. En efecto, es el único que dice que se trata de cuerpo ‘entregado’ (en griego, *didómenon*).

Esa palabrita, ‘entregado’, es muy importante e implica cuatro cosas: 1. Voluntariedad y libertad en el acto de ofrecerse para morir en lugar de los hombres. 2. Conciencia de que va a caer en las manos crueles y homicidas de aquellos a los cuales se entrega. 3. Mansedumbre infinita, ya que se trata de una entrega en el sentido de la no resistencia al mal que los dirigentes judíos piensan infligirle. 4. Pero, sobre todo, amor infinito del acto, ya que no hay otra causa que pueda mover el acto de entrega sino sólo el amor. No hay poder humano que hubiera podido inspirar el acto de entrega. “Yo doy mi vida por las ovejas. (...) Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo” (Jn 10,15.18). Todo esto significa cuerpo ‘entregado’.

En San Mateo se narra de una manera clarísima que lo que hay en el cáliz que Jesús entrega a sus Apóstoles para que beban es su sangre viva. Dice textualmente el evangelio: “Esta es mi sangre de la alianza, derramada por muchos para el perdón de los pecados” (Mt 26,28). La palabra que se usa en el original griego de los evangelios para decir ‘derramada’ es *ekjynómenon*. Proviene del verbo *ekjéo* que significa ‘derramar’. Pero en griego la expresión ‘derramar sangre’ o ‘sangre que es derramada’ significa la muerte provocada culpablemente por otro, es decir, asesinar. Así, por ejemplo, Jesús les dice a los hipócritas escribas y fariseos: “Por eso, he aquí que yo envío a vosotros profetas, sabios y escribas: a unos los mataréis y los crucificaréis, a

otros los azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada (*ekjynómenon*) sobre la tierra, desde la sangre del inocente Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el Santuario y el altar” (Mt 23,34). Expresiones muy parecidas hay en Lc 11,50, Rm 3,15 y Apoc 16,6.

Por esta razón dice Vine que este verbo “se usa de la voluntaria entrega por parte de Cristo de su vida con el derramamiento de su sangre en la crucifixión como sacrificio de expiación. También se usa del asesinato de siervos de Dios (Mt 23,35; Lc 11,50; Hech 22,20). También se usa del derramamiento de la sangre de los santos por parte de los enemigos de Dios (Apoc 16,6: ‘derramaron’)”²⁶.

Por eso, con toda razón dice el Catecismo de la Iglesia Católica (como lo acabamos de citar) que “el carácter sacrificial de la Eucaristía se manifiesta en las palabras mismas de la institución” (CEC n° 1365).

Si no se entiende que la Eucaristía es, primera y esencialmente, un sacrificio, se la vacía de su contenido principal. Por eso, ‘con profundo dolor’, decía San Juan Pablo II: “Se nota a veces una comprensión muy limitada del Misterio eucarístico. Privado de su valor sacrificial, se vive como si no tuviera otro significado y valor que el de un encuentro convivial fraterno. (...) ¿Cómo no manifestar profundo dolor por todo esto? La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones”²⁷.

La Eucaristía es un banquete, pero es un banquete *sacrificial*. La Eucaristía no es la ‘fiesta de Jesús’, como se suele decir con una irresponsabilidad y una inconsciencia que rayan con la insolencia. Nos reunimos y estamos juntos para comer el verdadero Cuerpo y para beber la verdadera Sangre de Jesús; es verdad. Pero ese Cuerpo y esa Sangre son Cuerpo y Sangre fruto de un *sacrificio*. Hay una diferencia esencial entre una comida hecha en el contexto del festejo de un cumpleaños y una comida hecha en el contexto de un sacrificio de la propia vida, comida que, además, es tomada del mismo sacrificio corporal de un hombre que, junto con ser hombre, es Dios.

La Iglesia siempre ha velado con gran solicitud para que la celebración litúrgica de la Eucaristía refleje su verdadera naturaleza, es decir, su realidad de sacrificio de Cristo. En el año 2004 la Santa Sede emanó un documento, aprobado explícitamente por el entonces Papa San Juan Pablo II, llamado *Redemptionis Sacramentum*. Citando el n° 10 de la *Ecclesia De Eucharistia* y en continuidad con la frase recién citada por nosotros, dice: “Así, no se puede callar ante los abusos, incluso gravísimos, contra la naturaleza de la Liturgia y de los sacramentos, también contra la tradición y autoridad de la Iglesia, que en nuestros tiempos, no raramente, dañan las celebraciones litúrgicas en diversos ámbitos eclesiales. En algunos lugares, los abusos litúrgicos se han convertido en una costumbre, lo cual no se puede admitir y debe terminarse”²⁸.

Uno de esos abusos, dice la Instrucción, es la desnaturalización de la Eucaristía, haciendo, a través de gestos litúrgicos inadecuados, que parezca, no un sacrificio, sino un mero encuentro fraterno: “Así pues, la doctrina constante de la Iglesia sobre la *naturaleza de la Eucaristía*, no sólo convivial sino también, y, *sobre todo, como sacrificio*, debe ser rectamente considerada como una de las claves principales para la plena participación de todos los fieles en tan gran Sacramento. «Privado de su valor sacrificial, se vive como si no tuviera otro significado y valor que el de un encuentro convivial fraterno» (cf. **JUAN PABLO II**, *Ecclesia De Eucharistia*, n° 10)”²⁹.

²⁶ VINE, *Multiléxico del NT*, n° 1632.

²⁷ SAN JUAN PABLO II, Encíclica *Ecclesia De Eucharistia*, sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia, Jueves Santo del año 2003, n° 10.

²⁸ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, Instrucción *Redemptionis Sacramentum* sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la Santísima Eucaristía, Roma, 25 de marzo de 2004, n° 4.

²⁹ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Idem*, n° 38; cursiva nuestra.

El sacerdote celebrante no debe sentirse dueño del sacramento de la Eucaristía, sino su servidor. Además, debe sentirse servidor del sacerdocio común de los fieles, ofreciéndoles una celebración litúrgica que resalte lo esencial de la Eucaristía, es decir, su naturaleza de sacrificio de Cristo. Y el fiel católico tiene derecho a reclamar que la celebración de la Eucaristía sea hecha según este espíritu. Dice la Instrucción: “Por otra parte, todos los fieles cristianos gozan del derecho de celebrar una liturgia verdadera, y especialmente la celebración de la santa Misa, que sea tal como la Iglesia ha querido y establecido, como está prescrito en los libros litúrgicos y en las otras leyes y normas. Además, el pueblo católico tiene derecho a que se celebre por él, de forma íntegra, el santo *sacrificio* de la Misa, conforme a toda la enseñanza del Magisterio de la Iglesia. Finalmente, la comunidad católica tiene derecho a que de tal modo se realice para ella la celebración de la santísima Eucaristía, que aparezca verdaderamente como sacramento de unidad, excluyendo absolutamente todos los defectos y gestos que puedan manifestar divisiones y facciones en la Iglesia”³⁰.

2. La causa de la Eucaristía: el Orden sacerdotal

“Haced esto en memoria mía” (Lc 22,19; 1Cor 11,24-25). Las palabras de Jesús son clarísimas. Les da la orden de realizar lo que Él acaba de hacer y, para eso, debe darles el *poder* de hacerlo. Por esta razón, con esas palabras, los consagró sacerdotes (y obispos), porque les dio el *poder* de realizar el sacrificio eucarístico tal como lo realizó Él mismo. Por eso dice San Juan Pablo II: “La Eucaristía es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez que ella”³¹.

La palabra ‘esto’ de la frase de Jesús significa dos cosas. En primer lugar, ‘esto’ significa su sacrificio. ‘Haced *esto* en memoria mía’ significa: ‘Vuelvan a hacer presente y a actualizar sobre el altar mi Sacrificio de la cruz, que yo acabo de adelantar en esta cena sacrificial del Cordero pascual’.

En segundo lugar, ‘haced esto’ significa ‘sacrifíquense ustedes como yo me acabo de sacrificar’; ‘sacrifíquense ustedes por los demás, por el perdón de sus pecados’; ‘entreguen su cuerpo para que sea consumido por las crueldades de los que odian mi nombre y para que sea consumido como el pan por los que creen en mí’. ‘Haced esto’, es decir, ‘dejen que los hombres derramen la sangre de ustedes, como la de los profetas de todos los tiempos’. ‘Haced esto’, es decir, ‘derramen la sangre de ustedes no, quizá, de las manos de ustedes atravesadas por clavos o del costado de ustedes atravesado por una lanza, pero sí derramen la sangre de las plantas de sus pies, cansados de recorrer caminos para anunciar mi Evangelio’.

Para el sacerdote católico esta palabrita, ‘haced esto’, no es opcional; es una orden taxativa de Cristo. El ‘haced’ (en griego, *poiéite*), tanto en Lc 22,19 como en 1Cor 11,24-25, es un verbo en modo imperativo. No es un modo narrativo como lo es el modo ‘indicativo’. Jesús no está ‘indicando’; Jesús está ‘imperando’. El que aceptó el sacerdocio debe aceptar esta ‘orden imperiosa’ de Jesucristo, es decir, debe aceptar en toda su integridad la orden de renovar todos los días el sacrificio eucarístico de Cristo. El que aceptó el sacerdocio debe aceptar la misión de sacrificarse por los demás, como lo hizo San Pablo: “Por mi parte, muy gustosamente gastaré y me desgastaré totalmente por vuestras almas” (2Cor 12,15).

Y en una síntesis de ambos sentidos del ‘esto’ de la frase de Jesús podemos decir que el sacerdote ministerial, celebrando el sacrificio eucarístico de Cristo toma fuerzas para hacer su propio sacrificio. Lo dice el Concilio Vaticano II: “La caridad pastoral del sacerdote ministerial brota, sobre todo, del sacrificio eucarístico que, por eso, es el centro y raíz de toda la vida del presbítero”³².

3. El efecto principal de la Eucaristía: la caridad

³⁰ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Idem*, n° 12; cursiva nuestra.

³¹ SAN JUAN PABLO II, Encíclica *Ecclesia De Eucharistia*, sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia, Jueves Santo del año 2003, n° 31.

³² CONCILIO VATICANO II, Decreto *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros, n° 14.

La introducción que Juan Evangelista hace de la Última Cena es la siguiente: “Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1). El amor ‘hasta el extremo’ o ‘hasta el fin’ se concreta en las dos cosas que hizo Jesús en la Última Cena: la humillación absoluta en el lavatorio de los pies y la realización del sacrificio eucarístico que, al mismo tiempo, es el sacrificio de la cruz adelantado.

Por esta razón, cuando Jesús dice: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros *como yo os he amado*” (Jn 13,34), ese ‘*como yo*’ implica que nosotros debemos amarnos los unos a los otros ‘hasta el extremo’, ‘hasta el fin’. ‘*Como yo*’, es decir, hasta la humillación absoluta de hacer trabajo de esclavos por el otro (= lavatorio de los pies) y hasta dar la vida en sacrificio por el otro (= sacrificio eucarístico, que es el mismo sacrificio de la cruz).

Por eso, lo que el Concilio Vaticano II aplica al presbítero³³ vale para todo bautizado: el sacrificio eucarístico es el modelo y la fuente de nuestra caridad. Es el modelo, porque en el Santo Sacrificio de la Misa vemos cómo nuestro Maestro entrega su Cuerpo y derrama su sangre por amor a los hombres: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo Único” (Jn 3,16). Es la fuente, porque solamente participando de manera plena en el sacrificio eucarístico tenemos fuerza para humillarnos y sacrificarnos por amor al prójimo. ‘Participar de manera plena’ significa hacer un acto voluntario de oblación en el momento de la consagración y comulgar el Cuerpo de Jesús con amor sincero e intenso.

Conclusión

Hay una frase de San Juan en su primera carta que resume todo lo que hemos dicho: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros” (1Jn 4,10-11).

El sacrificio de Cristo es el gozne alrededor del cual se mueven las otras dos realidades: tanto el sacerdocio católico como la caridad mutua. El sacrificio de Cristo está presente, en la frase de San Juan recién citada, cuando dice que el Hijo fue enviado en propiciación por nuestros pecados. Y luego concluye que así debemos amarnos nosotros.

“Porque Cristo murió por nuestro amor, cuando hacemos conmemoración de su muerte en nuestro sacrificio, pedimos que venga el Espíritu Santo y nos comunique el amor; suplicamos fervorosamente que aquel mismo amor que impulsó a Cristo a dejarse crucificar por nosotros sea infundido por el Espíritu Santo en nuestro propios corazones, con objeto de que consideremos al mundo como crucificado para nosotros, y sepamos vivir crucificados para el mundo...y, llenos de caridad, muertos para el pecado vivamos para Dios (S. Fulgencio de Ruspe, Fab. 28,16-19)” (CEC, 1394).

Papa Francisco

Amar hasta el extremo

Jesús estaba cenando con los suyos en la última cena y, dice el Evangelio: “Sabido que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre”. Sabía que lo habían traicionado y que Judas lo habría entregado esa misma noche. “Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”. Dios ama así: hasta el extremo. Y da la vida por cada uno de nosotros, y se enorgullece de ello y lo quiere así porque El tiene amor: “Amar hasta el extremo”. No es fácil, porque todos nosotros somos pecadores, todos tenemos límites,

³³ “La caridad (...) brota, sobre todo, del sacrificio eucarístico”.

defectos, tantas cosas. Todos sabemos amar, pero no somos como Dios que ama sin mirar las consecuencias, hasta el extremo. Y nos da el ejemplo: para enseñarlo, Él que era “el jefe”, que era Dios, lava los pies a sus discípulos. Lavar los pies era una costumbre de entonces, antes de los almuerzos y de las cenas, porque no había asfalto y la gente andaba entre el polvo. Por lo tanto, uno de los gestos para recibir a una persona en casa, y también a la hora de comer, era lavarle los pies. Era tarea de los esclavos, de los que estaban esclavizados, pero Jesús invierte esa regla y lo hace Él. Simón no quería, pero Jesús le explicó que tenía que ser así, que Él había venido al mundo para servir, para servirnos, para hacerse esclavo por nosotros, para dar su vida por nosotros, para amar hasta el extremo.

Hoy, en la calle, mientras llegaba, había gente que saludaba: Viene el Papa, el jefe. El jefe de la Iglesia... ¡El jefe de la Iglesia es Jesús, seamos serios! El Papa es la figura de Jesús y yo quisiera hacer lo mismo que hizo Él. En esta celebración, el párroco lava los pies a los fieles. Hay una inversión: el que parece más grande debe hacer un trabajo de esclavo, pero para sembrar amor. Para sembrar amor entre nosotros. Yo no os digo hoy que os lavéis los pies unos a otros: sería una broma. Pero el símbolo, la figura, sí: os diré que si podéis dar una ayuda, prestar un servicio, aquí en la cárcel, al compañero o a la compañera, lo hagáis.

Porque esto es amor, es como lavar los pies. Es ser siervo de los demás. Una vez los discípulos discutían entre ellos sobre quién era el más grande, el más importante, Y Jesús dice: “El que quiera ser importante, debe hacerse el más pequeño y el servidor de todos”. Y es lo que hizo Él, esto es lo que hace Dios con nosotros: nos sirve. Es el siervo. ¡A todos nosotros, que somos pobre gente, a todos! Pero Él es grande, Él es bueno. Y nos ama así como somos. Por eso, durante esta ceremonia pensemos en Dios, en Jesús. No es una ceremonia folclórica: es un gesto para recordar lo que nos dio Jesús. Después de esto, tomó el pan y nos dio su Cuerpo. Tomó el cáliz con el vino y nos dio su Sangre. Así es el amor de Dios. Hoy, pensemos solamente en el amor de Dios.

(PAPA FRANCISCO, *Homilía en la Santa Misa ‘in coena Domini’*, Cárcel de Paliano (Frosinone), Jueves Santo, 13 de abril de 2017)

iNFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de la Santa Sede en el 2014**.

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Este Boletín fue enviado por: homiletica.ive@gmail.com
Provincia Ntra. Sra. de Lujan - El Chañaral 2699, San Rafael, Mendoza, 5600, Argentina
Instituto del Verbo Encarnado